

Pero... ¿Qué queremos decir cuando decimos teoría?

José Vela Castillo

La presencia generalizada de aquello que los anglosajones han dado en llamar "learning by doing" ('aprender haciendo') parece haber eclipsado otros tipos de conocimiento, revirtiendo el prestigio asociado a la teoría en los procesos de aprendizaje. Si la división tradicional entre teoría y práctica, y podemos remontarnos hasta Platón y Aristóteles, habría privilegiado el modelo teórico de conocimiento (aunque esto no puede sin más atribuirse a Aristóteles), parece ahora proponerse una bienvenida inversión del paradigma. En las disciplinas llamadas a sí mismas científicas la teoría, estructurada acorde a un método estricto (objetivo, reproducible), habría dado lugar a una explicación racional del mundo, mientras que la praxis habría inevitablemente quedado relegada a una mera aplicación (o confirmación) de lo ya conocido por la teoría. El 'aprender haciendo' parece proponer lo contrario. Al extenderse la expresión citada los arquitectos nos alegramos sumamente, pues si bien la teoría siempre había tenido un prestigio bien ganado, lo que en realidad pensábamos que hacíamos era algo más relacionado con una práctica. Una práctica, la de proyectar, que ciertamente tenía unas reglas teóricas pero que no podía, ni mucho menos, reducirse a su mera aplicación. Y así estábamos convencidos de que, en realidad, siempre habíamos hecho precisamente eso, aprender en el mismo acto y por el mismo proceso en que hacíamos. Bien fuese proyectando, bien fuese, también, construyendo. Y es que precisamente esa misma forma de hacer es la que se había implementado, ya desde la Bauhaus, en las aulas de proyectos de arquitectura de las escuelas de medio mundo, por lo que tampoco era una cuestión tan novedosa. En efecto, y de eso estábamos seguros, ese hacer era altamente relevante para aprender, pero no para aprender la técnica del hacer, sino para aprender a aprehender, si se me permite el juego de palabras, para apresar un conocimiento que de otra manera hubiera escapado las redes, tan sutiles ellas, de la teoría.

Más cercanamente, y en parte ligado en Europa al marco del Proceso de Bolonia y de los sistemas de evaluación de las capacidades investigadores del profesorado universitario se ha tratado de asimilar la actividad de los arquitectos y de los profesores-arquitectos a la de otras disciplinas a priori más científicas. De modo que se ha vuelto necesario definir el tipo de conocimiento que se da, y el cómo se obtiene, en la actividad principal de los arquitectos, la del proyecto.

Se trataba de luchar por el reconocimiento de la capacidad investigadora del proyecto en cuanto tal, especialmente en arquitectura, pero también en otras disciplinas afines, de modo que se pudiera equiparar este conocimiento (que parecería ser eminentemente práctico pero no por ello menos científico) con los tipos teóricos empleados por las ciencias positivas, y por tanto evaluarse objetivamente. La clave era delimitar en qué consistía investigar, entendiendo que no solo habría una investigación teórica (más prestigiosa, en las ciencias puras y duras) y una que mezclaba la teoría y su reflejo posterior en la práctica (en las ciencias humanas pero también en los procesos de investigación y desarrollo), sino una tercera que se produciría, por así decir, de abajo hacia arriba, es decir, desde la práctica hacia la teoría pero que no obstante debería contar con las mismas sanciones por el medio académico. Algo así como un juicio reflexionante kantiano, que hábilmente reintroduciría la dimensión estética (o mejor dicho: lo bello) en la ecuación crítica. Un relevante congreso en 2007 en el RIBA (*RIBA Research Symposium 2007 - Reflections on practice: capturing innovation and creativity*) trataba de aportar luz sobre esta cuestión. Esta misma preocupación se daba también en los Estados Unidos, como refleja en ese mismo año la publicación del número titulado "Architectural Design as Research, Scholarship and Enquiry" por la revista *Journal of American Education*. Y en un entorno más cercano la European Association for Architectural Education proponía en 2012 una "Charter on Architectural Research" con similares ambiciones. Desde entonces numerosos ensayos, congresos y talleres se han dedicado al tema.

Pero, ¿debería entonces el contenido teórico ser desterrado de los planes de estudio de arquitectura para centrarnos en una vuelta a una dimensión principalmente práctica en el convencimiento de que el contenido de conocimiento que así se genera es incluso superior al que se obtendría desde la reflexión teórica? ¿No parecería que nos habríamos pasado al otro lado de la ecuación y que ahora sería este otro tipo de conocimiento que proviene del hacer y de una investigación práctica ligada al proyecto el privilegiado? ¿No será que en el intento de desmontar el término marcado del par teoría/práctica no habríamos sino ejecutado su inversión?

Creo que, y vuelvo ahora a la pregunta que se propone en el título, la posibilidad de una respuesta tendría que venir por un más profundo entendimiento de lo que significa teoría. Una comprensión que permitiera, en la medida de lo posible, deconstruir en su raíz la dualidad existente. Que diga, intuyo, que teoría y práctica no son tanto dos actividades enfrentadas como distintas caras de la misma moneda y que por tanto en vez de pensar en oposiciones debemos de pensar en interrelaciones o, mejor, en oscilaciones entre ellas.

Echemos para terminar un rápido vistazo a la etimología del término para ver si nos ofrece un punto de entrada a esta posible respuesta. Teoría remite

en primer lugar a la antigua palabra griega *theōria*, y esta a su vez deriva de *theōros*, cuyo significado original sería el de espectador. Por otra parte, *theōroi* eran aquellos enviados o embajadores que las distintas polis mandaban a otras como, precisamente, espectadores a sus festivales, para que luego, a su vuelta, transmitieran aquello que habían visto. Como indica Indra Kagis McEwen, las fuentes antiguas apuntan claramente a que estos *theōroi* no solo contemplaban, miraban desde la distancia separados de lo que acontecía de una forma pasiva (teórica), sino que también *participaban activamente*. Es decir, que para poder transmitir el conocimiento de lo que ocurría a través de la distancia, ese conocimiento teórico que es independiente de lo contingente y por tanto transmisible con garantías, se *tenía que haber participado en el propio evento*. O lo que es lo mismo, el contenido del conocimiento teórico, si bien podía transmitirse independiente de la existencia material del acto (y es esto lo que originaría el posterior significado de teoría), para llegar a conocerse, para de verdad entenderse lo acontecido, debía necesariamente bajarse a la dimensión práctica, material, y aprenderse (aprehenderse) desde dentro, desde la acción. No se trata solo de ver el mundo como es, sino (y aquí volvería Aristóteles, pero también Marx) de cambiarlo.

¿Es esto lo que en el fondo queremos decir cuando decimos teoría? En realidad no lo sé, pero sí estoy convencido de que al menos es hacia donde deberíamos dirigirnos cuando decimos teoría. Teoría: poner en práctica una forma de comprender y cambiar el mundo.

REFERENCIAS

CRYSLER, C. G., CAIRNS, S. y HEYNEN, H. (Eds.) (2012). *The SAGE Handbook of Architectural Theory*. Londres: SAGE.

JOURNAL OF AMERICAN EDUCATION. (2007). Número 67, volumen 1.

KAGIS MCEWEN, I. (1993). *Sócrates' Ancestor: An Essay on Architectural Beginnings*. Cambridge (MA) y Londres: MIT Press.